

ginal del barro húmedo (caos), siendo así verdadero dios del mar al propio tiempo que de la tierra. Diósele asimismo por comitiva toda una serie de nuevas deidades, que no son sino modificaciones del mismo principio de las aguas, relacionándolas con él por grados de parentesco. El grupo de dioses oceánicos, de este modo creados en torno de Ea en el mas antiguo lugar de culto sud-babilónico Nun-ki ó Urudugga (Eridu), ha de considerarse como principio y base fundamental del Panteon babilónico-asirio. Al lado de Ea (representando lo mismo que el abismo de las aguas ó la «gran» morada, ó sea el propio Nun, ya mencionado) están su madre Ba'u (hebreo, Bohu), la cual no es sino el mismo principio original de las aguas y se llama también la «hija del cielo;» su esposa Damgalnunna («la gran esposa de la morada de las aguas») ó Damkinna («esposa de la tierra»); su hermana Nin-agma-kuddu (llamada también «señora de las aguas resplandecientes» y «señora de los conjuros»); su hija Ghanna ó Chammu (semitizado, Kimtu), ó sea primitivamente «pez» y luego «diosa de los peces» (1), y, por último, su primogénito (también titulado por lo mismo «primogénito del abismo de las aguas») Murru ó Mirri (2), asimismo llamado Mirri-Lu-Dugga ó solo Mirri-Dugga, esto es, Mirri del dios Dugga («el bueno») ó de Ea, el cual representa siempre el papel de mediador ó intercesor entre Ea, el «espíritu de la tierra» al cual se conjura, y el hombre que se encuentra bajo el maleficio de los espíritus malignos, como lo demuestra claramente el siguiente diálogo que con frecuencia vemos en las fórmulas de conjuros ó exorcismos:

- «Mirri-Dugga ha visto su miseria (la del hombre enfermo),
Entra en la casa de su padre Inki (Ea) y dice:
«Padre mio, la demencia ha venido del mundo subterráneo» y
[por segunda vez le dice:
5 «¿Qué ha de hacer ese hombre? no sabe cómo lograr su curación.»
Y respondió Inki á su hijo Mirri-Dugga:
«Hijo mio, ¿qué no sabes tú ya y qué mas he de enseñarte?
Hijo mio, ¿qué no sabes tú ya y qué mas he de añadir yo á ello?
Lo que yo sé, lo sabes tú tambien.
10 Vé, hijo mio Mirri-Dugga, toma un vaso
y llénalo de agua en la embocadura de los rios
y haz á esa agua tu puro conjuro
y rocía con ella á ese hombre, hijo de su dios.
..... vanda su cabeza
15
y en el camino de los ejércitos derrámala.»
¡Que la demencia de su cabeza se desprenda,
que la enfermedad de la cabeza, que como un fantasma (?) de la
[noche le posee, se aleje!
¡Que la palabra Inki (Ea) la ahuyente,
20 y la diosa Damgalnunna te vuelva la salud,
que la imágen favorable de Mirri-Dugga, primogénito del abismo
[de las aguas (abzu) sea tuya!» (3),

ó, desde el núm. 10 en adelante, segun otra version:

- 10 «Vé, hijo mio Mirri-Dugga,
llévale (al enfermo) á la casa de la pura aspersión,
aleja su maleficio, su maleficio destruye,
el mal de su cuerpo, el destructor,
ya sea la maldición de su padre

(1) Es la diosa cuyo nombre se escribe con el mismo ideograma que Ninive, por lo que Oppert lo transcribe siempre Nina. En la página 179, nota 2, del tomo II de la *Revista cuneiforme*, he procurado demostrar que Ghanna es la transcripción mas probable.

(2) Como Gur, respectivamente á Ba'u, aparece como sinónimo de Nun ó principio original de las aguas, no es del todo inverosímil que el *murru*, escrito tambien con el signo *a sa*, fuera una pronunciación mas moderna de *gur* (respectivamente *gurru*); en este caso *gur* (mas moderno *gur*, *vir*) habria significado tambien primitivamente en el nombre Mirri-Dugga (pronúnciese Virri-Dugga) algo parecido á «abismo de las aguas», nombre que corresponderia muy bien al primogénito de Ea, ó abismo de las aguas.

(3) Los últimos renglones los pronuncia el sacerdote ó mago dirigiéndose al enfermo.

- 15 ya la maldición de su madre
ó la maldición de su hermano mayor
ó la maldición de las compañeras (?), las desconocidas del hombre,
¡que el maleficio por medio del conjuro de Ia
como un ajo se pele,
20 como un dátil primerizo sea arrancado,
como una flor se deshoje!
¡Al maleficio del espíritu del cielo conjura,
al maleficio del espíritu de la tierra conjura (4)!»

Solo atendiendo á la similitud fonética se pudo identificar en el transcurso de los tiempos Amar-utugga (abreviado Mar-udug, el Merodach de la Biblia), deidad primitivamente solar y local de los habitantes de la ciudad de Babel, con Mirri-Dugga, hijo de Inki ó Ea.

Primitivamente debió de pertenecer asimismo al grupo indicado otra deidad, considerada como «hija del cielo,» por lo que su templo principal llevaba tambien el nombre *Ianna*, ó sea «casa del cielo,» mas cuyo nombre, que ya figura en los tiempos mas remotos en Agadi, *Anun* (semitizado Anunit), hace marcada alusión á las ya citadas divinidades de Nun ó abismo de las aguas; por lo que su nombre mas usual *Ninna* ó *Ninni* pudiera ser acaso la pronunciación mas moderna de un *Nunna* anterior. En tal caso, esta diosa, posteriormente identificada con la Istar (Astarté) sideral ó diosa de la estrella Venus, habria sido desde antiguo la personificación femenina de *Nun*, como Inki ó Ea, el espíritu de la tierra, es la masculina, y á este propósito debemos observar que el título «hija del cielo» corresponde por igual á Ninni y á la madre de Inki, la diosa Ba-u (véase mas arriba). Y en íntima relación fraternal con Ninni figura igualmente Nindarra, el «héroe de Inlilla,» cuya representación primitiva parece que fué la del sol que surgia todas las mañanas de las aguas del Océano.

Por lo expuesto se echa de ver cómo partiendo de los dos espíritus principales del shamanismo sumérico, el de la tierra y el del cielo, se llegó á formar toda una serie de deidades acuáticas y luminosas, cuyo mas antiguo centro de culto fué Nun-ki («lugar de las aguas primitivas»), situado en la «embocadura de los rios.» Y tan cierto como es que el shamanismo fué llevado por los súmeros de su primitiva patria, lo es asimismo que esta fase segunda, pero siempre antiquísima, de la religión sumérica, este primitivo panteon babilónico, presidido por Inki y Anna (Ea y Anu), que en cierto modo aparece como alzando el cuerpo desde el «abismo de las aguas» y tocando el cielo con la cabeza, solo tuvo origen en el suelo sud-babilónico, en el territorio arrancado á las aguas y por ellas nutrido (5). Recordando la relación prehistórica que apuntamos en las primeras páginas entre hamitas (ó sea los antiguos egipcios, devotos tambien de *Nun*) y súmeros, podríase acaso suponer que esta transformación de

(4) Segun 4. Rawl., 22, mientras que la version anterior procede de 4. Rawl., 7. Para esa parte final (después de: «Vé, hijo mio Mirri-Dugga!») no habia, á lo que parece, fórmula determinada, sino que se podia añadir por el sacerdote, segun las circunstancias, la execración mas adecuada. Así la última version citada mas arriba demuestra ya influencias posteriores (véase por ejemplo la palabra semítica *sum*, ajo); mas el principio, hasta «Vé, hijo mio Mirri-Dugga!» pertenece seguramente desde el punto de vista lingüístico, como por lo que hace á los conceptos, á los mas antiguos trozos de la literatura de los súmeros.

(5) Conviene advertir aquí que los mas antiguos soberanos de la Babilonia que conocemos, los reyes sud-babilónicos de Sirgulla y Ur (aproximadamente 4000-3000 antes de J. C.), llevan casi todos nombres compuestos con los de estas deidades acuáticas (por ejemplo, Ur-Ghan, Ur-Ba'u, Dun-ginna; Dun es un sobrenombre de Ba'u), y que en las inscripciones de tales reyes figuran sus dioses en primera línea, mientras que solo desde 3000 antes de J. C. en adelante podemos seguir en sus comienzos la transformación tal como la vemos después, especialmente en la Babilonia del Norte, en la religión oficial del Estado en la época de Chammuragas.

CAPITULO III

LOS BABILONIOS SEMITICOS; SU PRIMITIVA RELIGION Y SU GRADO DE AFINIDAD CON LOS DEMÁS SEMITAS

Casi toda la literatura babilónico-asiria, no menos que los escritos oficiales de los reyes de Babel (aquí en su sentido mas estrecho) y Assur, están redactados en un idioma que, segun quedó ya demostrado con toda evidencia en 1849, tiene íntima afinidad con las llamadas lenguas semíticas del Asia anterior; lo que resulta tambien confirmado por el tipo que se destaca de las varias estatuas y las figuras de los bajos relieves, á excepcion naturalmente de las suméricas de la primera época. Aunque encontramos á menudo en la Babilonia otro tipo intermedio, reconócese en él asimismo los rasgos semíticos, siendo estos sobre todo muy marcados en las cabezas asirias. Ahora bien: como los babilonios y asirios formaron un solo pueblo por lo que hace al idioma, y respecto de la sangre solo se diferencian en que los primeros aparecen muy mezclados con un pueblo exótico, mientras que los últimos revelan un tipo de raza marcadamente mucho mas puro, puede darse por demostrado que este tipo no es sino el semítico. Ya observamos en el capítulo anterior que, diferenciándose en esto de los súmeros, la población semítica de la Babilonia, que encontramos en el Norte en época tan remota como 3800 antes de J. C., y que desde 2500 fué la dominante en el país (3), se distinguía por su abundante cabellera negra y lengua barba. De la circunstancia de que en el tercer milenario precristiano los reyes babilónicos antiguos que residían en el centro del país (Nisin y Uruk) y en Ur (4) y Larsa, si bien poseían ya nombres semíticos, no nos han dejado sino inscripciones redactadas aun en sumérico (5), puede deducirse con seguridad que en la época en que la población sumérica dominaba en el Sur y la semítica preponderaba en el Norte fué cuando debieron de tener contacto mas directo y cuando se efectuó en mas vasta escala la fusión de ambas razas en la Babilonia central. En cambio en el Norte, donde, por mas que desde muy antiguo residieran los súmeros, no lograron jamás verdadera preponderancia política sobre los inmigrantes semitas (6), debieron de vivir todavía hasta cerca de 2000 antes de J. C. enteramente apartados unos de otros. En aquella misma fecha, ó poco antes, salieron colonizadores de la Babilonia del Norte para fundar el imperio asirio (7). Dado el tipo semítico mucho mas puro de los asirios, que poseían, sin embargo, las mismas lengua

o

la primitiva y sencilla creencia en los espíritus en el primer sistema de dioses de la Babilonia, tal como lo hemos descrito y derivado de *Nun*, hubiese sido obra de los hamitas que á la sazón permanecían todavía en aquel país. Mas en primer lugar, todos estos nombres de dioses transparentan tan marcadamente su formación sumérica, que es evidente que tal fué tambien su origen, y luego, dada semejante hipótesis deberian haberse conservado en la lengua de los súmeros resabios egipcios antiguos, y de esto hasta ahora nada se ha podido descubrir (1). De aquí se deduce que por lo que hace á tales relaciones prehistóricas, que seguramente merecen ser tomadas tambien en debida consideración por los egiptólogos, no pudieron ser los súmeros, sino los egipcios, los asimiladores. En cuanto al cómo y cuándo se efectuó la asimilación, es probable que quede para siempre en misteriosa oscuridad; mas hasta ahora no hay el menor fundamento para suponer que antes de los súmeros hubiese habido hamitas que, viniendo de los primitivos territorios hamito-semíticos en el Asia central, llevarán á cabo la primera colonización y canalización de la Babilonia. Que de todos modos no tiene justificación alguna el apoyo que para tal hipótesis se pretende hallar en los supuestos cusitas de Babilonia que se dicen citados en la Biblia (Gén., cap. 10, *Nemrod, hijo de Cush*, como se suele traducir), procuraremos evidenciarlo con toda claridad en el capítulo cuarto, «Territorios y pueblos limítrofes,» en el que hablaremos de los cusitas ó coseos.

Impuestos ya en manera general de las mas antiguas fases de la religión de los primeros babilonios, oriundas una todavía de la primitiva patria turca y la otra desarrollada de aquella en la Babilonia del Sur (2), seria tambien de interés aquí echar una ojeada, por rápida que fuese, sobre los demás elementos de cultura, para ver lo que en todo ello fué obra única de los súmeros y lo mucho que no se logró sino merced á la colaboración de los semitas, que vinieron después. Mas como en muchas partes de nuestra exposición histórica tendremos oportuna ocasión para ello, nos permitiremos por ahora referir al lector al capítulo: «Los demás elementos de cultura,» en el tomo primero, págs. 396-420, de «Pueblos é idiomas semíticos.» Hemos de observar, sin embargo, que el alto grado de cultura (sobre todo en las ciencias) que encontramos ya en la Babilonia del Norte en el segundo milenario precristiano, no se hubiera logrado seguramente sin la cooperación de los semitas, y que la civilización de la época de Gudi'a, como 3100 antes de J. C., y sus predecesores corresponde mas bien á la etapa aun primitiva, aunque relativamente muy avanzada ya, que vemos en el Egipto en los primeros tiempos del antiguo imperio hasta los constructores de las grandes pirámides. Los cimientos de la civilización babilónica asiria proceden tan solo de los súmeros, mas su desarrollo y complemento es obra de los semitas, si bien éstos no la habrían llevado á cabo seguramente sin tal base. Esto sentado, pasaremos ahora á tratar de los semitas en el capítulo siguiente.

(1) A lo sumo, la colocación del genitivo y adjetivo después del sustantivo pudiera considerarse en el primitivo lenguaje sumero como resto de antiguas influencias hamíticas; mas naturalmente esto no puede demostrarse ya hoy, ni tampoco seria concluyente para probar quiénes fueron los primeros pobladores, si los súmeros ó los hamitas.

(2) En cuanto á las sucesivas etapas del desenvolvimiento general referimos al lector á las respectivas partes de esta historia, en la cual se tratará con la debida amplitud cuanto tenga importancia histórico-religiosa. La posterior religión oficial norte-babilónica eliminó casi todas las deidades acuáticas, conservando como figuras principales Anu, Inlilla y Ea, á los que siguen el dios del sol y de la luna, Istar, Nindar y algunos mas.

(3) Los posteriores reyes de Ur, así como los soberanos de Nisin y Larsa, llevan ya nombres semíticos.

(4) Gámil-Sin, Gungunu; los reyes anteriores de Ur (Ur-Ba'u, Dungianna) eran todavía súmeros genuinos.

(5) La opinión de Zimmern («Salmos penitenciales babilónicos,» páginas 4 y 5) de que las inscripciones reales suméricas no estaban acaso redactadas sino en forma ideográfica para ser leídas en semita, solo puede tener aplicación, á lo sumo, á las de los sucesores de Chammuragas (por ejemplo Kurigalzu), pero de ningun modo á las de los reyes anteriores.

(6) Así los antiquísimos reyes de Agadi ya eran semitas, si bien poseyendo la cultura sumérica. Solo en los once reyes de la llamada dinastía Shishku encontramos súmeros figurando como los primeros reyes históricos de la ciudad de Babel. Mas la circunstancia de que entre ellos solo una vez ocurra el caso de suceder el hijo y el nieto al padre, es ya significativa de que constituían un elemento que se habia sobrepuesto á la clase semítica dominante y que por lo mismo no tenia probabilidad de duración.

(7) Como fundación sumérica (Ghanna-ki), Ninive es ciertamente unos 1000 años mas antigua, como ya veremos mas adelante al hacer la historia de Gudi'a. Por lo que se refiere á los primeros príncipes semitas de la Asiria (como 1900 años antes de J. C.), véase por de pronto lo expuesto mas arriba.

y cultura que los babilonios, es forzosa deducción que la fusión con los sumeros en la Babilonia del Norte no se había efectuado todavía cuando se fundó y colonizó la Asiria, ó á lo sumo solo se había iniciado.

Para dar al lector una idea de lo que era el idioma semítico tal como se habló en las tierras del Eufrates y del Tigris, citaremos algunas expresiones que se encuentran en breves leyendas de Sargon de Agadî y de su hijo Naram-Sin, que son acaso las mas antiguas de la lengua semítica que conocemos hoy y que corresponden aproximadamente á 3800-3750 antes de J.C. Este mismo nombre Naram-Sin significa «favorito de Sin (ó dios de la Luna),» de *narâmu*, formación abstracta del verbo *raâmu* (hebreo *racham*) «amar» (compárese con *narkabtu*, «carro», con la terminación femenina -tu, en vez de la usual de nominativo u, de *rakâbu*, «ir en carro»); *shar kibrâtîm arba'im* quiere decir «rey (sin el genitivo que sigue de *sharru*; gen. *sharri*, acus. *sharra*) de las cuatro (*arba'u*) regiones (*kibratu*, plur. *kibrâtî* ó *kibrâtîm*); *Înî-sharru*, nombre propio que equivale literalmente á «lo ha edificado ó creado (de *jabû*, tercera persona sing. del imperfecto de *banû*) el rey;» *arad-su* significa «su siervo» (variante gráfica de *arad-su* y ésta fonéticamente derivada del primitivo *arad-shu*, de *ardu*, «siervo»); y por último, *ana Shamash âmurû*, cuya traducción es «al (*ana*, «á») dios del sol («al sol»), no personificado, se diría *ana shamashi* he destinado yo» (primera persona sing. del imperfecto de *amâru*). Aquel de nuestros lectores que haya estudiado algo el hebreo reconocerá á primera vista en las formas citadas la estructura marcadamente semítica, que aun resaltará con mayor evidencia en el trozo que, en transcripción y traducción, insertamos en seguida de un texto del famoso Chamuragas (como 1900 antes de J.C.), ó sean los primeros renglones de la llamada «inscripción del canal» de este soberano de la antigua Babilonia.

«*Chammu-ragas sharru dannu, shar Bâb-ili, sharru mush-teshmi kibrâtîm arba'im, kâshid irnîti Mar-uduk, re'û mutib libbi-shu anâku; inu Anu u Bêlu nîsh Shumîrim u Akkadîm ana bêlim idîmû, ssirâ-zina ana qatî'a umallî'û, na'âr* (respectiv. *nâr*) *Chammu-ragash-nuchush-nîshi bâbilat mê chigallî ana nîshi Shumîrim u Akkadîm lû achrâ*. Esto es, «Chammu-ragas, el poderoso (*dannu*, escrito *da num*) rey de Babel (ó sea, «puerta de dios»), el rey, que hace obedecer (partic. de un causativo de *shimû*, «escuchar, obedecer») á las cuatro regiones, el poseedor de la victoria (genitivo de *irnîtu*) del dios Merodach, el pastor (*re'û*), el bienhechor (de *tâbu*, «ser bueno») de su (del dios) corazón (*libbu*) (soy) yo (*anâku*); cuando (*inu*, propiamente «tiempo en que») los dioses Anu y Belo al pueblo (*nîshu*) de Sumir y Accad para (*ana*) gobernar (*bêlu*, gen. *bêli* y *bêlim*, «gobernar;» véase también *bêlu*, «señor») concedieron (de *idîmû*, y éste por *janîmû*, tercera persona plural del imperfecto de *nadânu*, «dar»), sus (de las gentes) riñones (*ssirratu*, plural *ssirrâtu*, con la posposición de la tercera persona plural del femenino *ssirrât-shina*, que fonéticamente se convierte en *ssirrâ* sina ó *-zina*) en mi mano (*qatu*, con posposición de la primera persona singular *qatî-ja*, que se convierte en *qatî'a*) llenaron (de *mal'u*, *malû*, «estar lleno»), entonces, en verdad (*lû*), excavé yo (primera persona singular de *charû*, «excavar») el canal (*na'âru* por *nahâru*) «bendición de Chamuragas del pueblo,» que lleva allí (de *babâlu*, «llevar,» partic. fem.) agua (*mâ*) de la abundancia, para (*ana*) el pueblo de Sumir y Accad (1).

(1) En vez de las preposiciones *ana*, «á,» «para,» *é ina*, *in*, «junto, en,» tienen las demás lenguas semíticas *la* y *ba*, que en la babilónico-asiria solo se han conservado en algunas expresiones compuestas, como en *la-pân*, «ante,» *ba-shu* «con él (está).» En la lengua árabe, sin embargo, se emplean *an* (significando «para que,» é indicando por lo mismo tam-

Como se echa de ver por los ejemplos citados, el lenguaje babilónico-asirio, con el cananeo (al cual corresponden el fenicio, el hebreo y el moabita), el arameo (el sirio, el llamado caldeo bíblico, el palmiriano, etc.) y el árabe (al que pertenecen así el sabeo en la Arabia meridional como el llamado etíope y el amharico en la Abisinia) (2), forma un solo y compacto grupo de lenguas, que desde muy antiguo se acostumbra á llamar el semítico (véase Stade, *Historia del pueblo de Israel*), y la etnología da el mismo nombre de semitas á los pueblos que las hablan. Estos pueblos desde la mas remota antigüedad hasta nuestros días han conservado en grado extraordinario la pureza de sangre y de tipo, pues así los cananeos representados por los egipcios en los sepulcros de su 12.^a dinastía, como las cabezas de los asirios en los relieves de Nínive, no menos que las facciones de los judíos que viven hoy entre los indo-germanos y de los beduinos que aun existen en el desierto sirio-arábigo, revelan todos tan marcada afinidad de familia, que se ve desde luego que tales pueblos no han podido tener en el curso de la historia sino muy escasa mezcla con otras razas. En párrafos anteriores ya expusimos brevemente las causas á que se debió que se conservara en la Asiria mas puro el tipo semítico que en la misma Babilonia, de donde habían emigrado los asirios.

Con tales antecedentes es muy natural que, además del constante tipo físico, encontremos también, aunque en parte modificados, los mismos rasgos de carácter, propios de los demás semitas, en los babilonios y asirios, si bien debemos tener aquí en cuenta que los hebreos aun conservaron hasta muy tarde mucho que recordaba su primitiva vida nómada; que los arameos, en su mayor parte, eran todavía nómadas en la época asiria, y que los árabes aun lo son en la actualidad, mientras que los habitantes semitas de las tierras del Eufrates y del Tigris aparecen desde el principio en el campo de la historia como pueblo sedentario y poseyendo ya un alto grado de cultura. Muchos rasgos del primitivo carácter nacional se borran, ó se modifican cuando menos, á medida que se progresa en el camino de la civilización, desarrollándose otros que no se encuentran en los afines que han permanecido mas tiempo en la vida nómada ó persistido constantemente en ella.

Con efecto, muchas son las peculiaridades características, que en los babilonios y asirios nos traen á la memoria en seguida á sus afines, que desde antiguo nos son conocidos por la Biblia y la historia, siendo esto confirmacion cabal de los resultados obtenidos por el estudio comparativo de la lengua y del tipo físico. Es muy difícil delinear en pocos rasgos y con exactitud el carácter nacional semítico (3). Dice E. Meyer, en su excelente *Historia de la Antigüedad* (4): «Grande sobriedad de raciocinio, vivo espíritu de observación, inteli-

bien dirección) é *in*, *si*, propiamente «en ello, dado que,» designando por lo mismo permanencia (si bien en sentido figurado), como conjunciones, de modo que aun se transparenta perfectamente el uso que se hacia en el idioma babilónico-asirio de estas partículas como preposiciones. Del mismo modo el *li*, derivado de *la*, «á, para,» además de emplearse en el árabe con los sustantivos, puede servir también para anteponerlo á los verbos con la significación «para que» (exactamente como *an*).

(2) Vulgarmente se entiende por árabe el idioma de los beduinos de la Arabia central y del Norte, pero en sentido mas lato expresa el grupo indicado en nuestro texto; por lo que hace á la Abisinia, hemos de observar que ya en época precristiana recibió su población semítica de la Arabia del Sur, y así el lenguaje de la misma no es mas que el sud-arábigo un tanto modificado.

(3) He tratado detenidamente este asunto en la introducción del primer tomo de «Pueblos é idiomas semíticos;» como también en la página 419 y nota, y en la pág. 504 del mismo tomo, con referencia al juicio de Nöldeke, que tiene muchos puntos de contacto con el mio.

(4) Tomo I, págs. 208-209.

gencia calculadora, atenta siempre á lo práctico, dominando absolutamente los engendros de la fantasía y contraria á todo vuelo demasiado independiente del espíritu á regiones poco conocidas; tales son los rasgos característicos de los árabes y los fenicios, de los hebreos y los asirios;» juicio bastante exacto en general, pero no completo, pues así que Meyer llega á particularizar y á desenvolverlo, aparece imbuido en opiniones tan parciales, frizando en antipatía personal, que en verdad podemos decir que los semitas, que representan papel tan importante, casi el principal, en su libro, están en él falsamente representados. Véase por ejemplo, esta especie en la nota de la página 209: «La misma atroz sequedad que campea en el Corán y á la que debió principalmente su éxito, es la que caracteriza también los sacrificios humanos de los cananeos, las frases religiosas de los asirios y por último el propio Jahvismo (ó sea la religión del Antiguo Testamento).» Véase también esta otra observación del mismo autor, aludiendo á la religión de los semitas en particular (pág. 211): «La relación del hombre para con las deidades es apreciada únicamente desde el punto de vista del frío raciocinio y del cálculo; el semita desconoce absolutamente toda condición ética ó mística en sus relaciones con la divinidad.» Y sin embargo, precisamente al revés de lo que dice Meyer, ha sido rasgo característico principal de todos los semitas (si bien mas desarrollado en los israelitas) una innata tendencia monoteísta, en grado tal como en ningun otro pueblo de la tierra, acompañada del mas voluntario y sincero abandono de toda la persona á la divinidad. Ciertamente que la crueldad de los asirios, por ejemplo, con los prisioneros de guerra de otros pueblos, que tanto subleva nuestros sentimientos, llegando hasta hacernos antipática toda la nación, nos trae á la memoria con tal insistencia ciertos rasgos de igual índole entre los antiguos israelitas, que parece que debamos atribuir á una disposición peculiar del carácter semítico, y sin embargo esos actos no son mas que excepciones y excrecencias que no pueden ser atribuidas al carácter nacional; el semita no es cruel por su naturaleza, pues de serlo, ese defecto debería resaltar muy particularmente en los beduinos árabes, cuyas ideas religiosas tanto se han extraviado y confundido durante miles de años, y ciertamente no resalta en realidad. Por el contrario: mientras en tantos otros pueblos (también indo-germanos), de los cuales la historia consigna los mayores horrores y atentados, diríase que solo la sed de matar y atormentar era el motivo de tales actos, en los semitas aparece como cualidad nacional el verdadero fervor por lo mas santo, si bien á su repugnante reverso son debidas las citadas crueldades. Llamémoslas con justicia lamentables preocupaciones; mas para juzgar á un pueblo, debemos considerarlo como procede y obra en su casa, en su propio país, y no con los extranjeros, que en este caso no son para él sino los enemigos de su Dios, que deben ser aniquilados. De este modo considerados los semitas, y no solo los israelitas sino también los babilonios y los asirios, nos parecerán muy distintos de la imágen trazada por E. Meyer. Cuando éste dice de los salmos penitenciales, de los cuales en otro libro (1) he traducido toda una serie, que su tendencia es siempre la puramente práctica de aplacar ó desviar la cólera de la divinidad, excitada por motivos desconocidos, y que el que hable de «conciencia del pecado» con referencia á ellos (Meyer cita, por ejemplo, el salmo 4. Rawl., 10, también traducido por mí en la pág. 317 de mi ya citado libro) no hace mas que jugar con las palabras (2), mucho tememos que no ha llega-

(1) *Pueblos é idiomas semíticos*, tomo I, págs. 317-322; véase también la excelente obra de H. Zimmern, que ya hemos citado.

(2) *Historia de la Antigüedad*, tomo I, pág. 178, § 147, nota.

do á comprender el espíritu interno de estos salmos babilónicos antiguos, que rebosan tan profundos sentimientos, como tampoco el de los hebreos, ni siquiera el de las mas bellas y notables composiciones de la literatura del Nuevo Testamento y del cristianismo. Para apreciar en lo que se merece el juicio de Meyer, basta leer uno de aquellos textos, como, por ejemplo, el siguiente, dirigido á la diosa del cielo:

«Excelsa señora, cuyo mandato llega á todas partes, voy á decir la oración: «Lo que me es bueno, hace ella por mí, mi señora, por mí, que desde los días de la juventud he estado unido [al yugo del pecado] (3).

No he comido manjar alguno, el llorar ha sido mi refresco, [no he bebido agua], las lágrimas han sido mi bebida, [mi corazón no estuvo ya alegre], ni mi espíritu sereno (literalmente, [claro]),

... dolorosamente me lamento yo. [Muchos son mis pecados], mi espíritu está oprimido. ¡Oh, señora mia, enséñame á discernir mis obras, concédeme perdón [(literalmente, «tranquilidad,» «curación»), cubre mi pecado, alza mi faz! (4)

ó este otro:

«He enemistado yo al padre con el hijo, al hermano con el hermano [ó al amigo con el amigo?

¿No he libertado yo al prisionero, y desatado al que estaba ligado y [librado al encerrado en la cárcel?

¿Héme resistido yo á mi dios, ó he despreciado á mi diosa? ¿He tomado yo para mí tierras ajenas, ó entrado con siniestra intención [en la casa de mi vecino?

¿Héme acercado yo á la mujer de mi prójimo? ¿He derramado yo la sangre de hombre alguno ó robado sus vestidos?»

F. Delitzsch, á quien debemos la traducción inglesa de este último trozo (5), añade lo siguiente: «Con muchas otras preguntas por el mismo estilo, procura averiguar el quejumbroso la razón de sus males. Al acostarse y al sentarse, comiendo y bebiendo, cuando escribe y en el paseo, cuando está embarcado, á la salida y puesta del sol, cuando entra en su casa ó sale de ella, en todos momentos y en todas situaciones pregunta por qué padece. Anhela el perdón de los dioses, y entre suspiros y lágrimas impetra la reconciliación con ellos.» El otro aserto de E. Meyer de que «los semitas no practicaron primitivamente el culto astral» (6) es una inexactitud manifiesta, como el estudio genético de la primitiva religión babilónica lo demuestra sobradamente. Así la equiparación de *Inlilla* (Belo), Maruduk, Nindar, Niral y Ninni (Istar) con los planetas es una innovación relativamente moderna, la cual, ni tampoco la astrología de los babilonios en general, no procede de los sumeros (éstos adoraron, á lo sumo, al sol y á la luna, además de sus primitivos dioses, y por cierto como representaciones principales del concepto abstracto del espíritu del cielo), sino que fué importada en la Babilonia del Norte por la población semítica del territorio del Eufrates, introduciéndose luego en el culto oficial. Es característico, en primer lugar, que entre los textos sumero-acadios sean los himnos al sol los mas modernos, los cuales, después de extinguido el idioma sumero, fueron redactados por semitas en artificioso lenguaje arcaico, encontrándose en muchos de ellos hasta el sumero alternando con el babilonio semítico, y en segundo lugar, que el único himno al dios de la luna que conocemos hasta ahora (7) esté escrito, como

(3) «Desgracia» (Zimmern) es demasiado general; la expresión significa mas bien «delito, pecado.»

(4) Véase: *Pueblos é idiomas semíticos*, tomo I, pág. 319; corregido segun Zimmern, «Salmos babilónicos,» pág. 34.

(5) *Athenæum*, 1883, segundo semestre (agosto diciembre), página 240.

(6) Véase su ya citada obra, tomo I, pág. 210, nota al párrafo 173.

(7) Es el mismo que transcribe F. Delitzsch en la parte que tomó en la traducción alemana del «Génesis caldeo» de Smith, págs. 281 y siguientes.